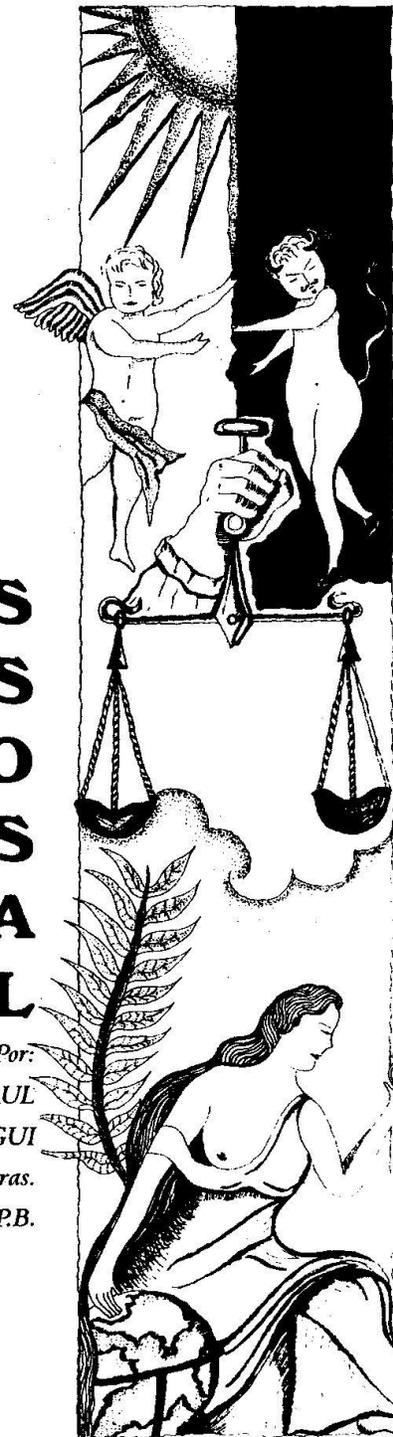


**LOS  
VALORES  
COMO  
MEDIADORES  
DE LA VIDA  
SOCIAL**

*Por:*  
**RAUL  
LÓPEZ UPEGUI**  
*Lic. en Filosofía y Letras.  
Profesor Titular de la U.P.B.*



Vivimos hoy un tiempo y una historia llena de perplejidades e incertidumbres. Pocas realidades soportan ya los calificativos de lo permanente, duradero e incuestionable, de hecho lo que precisamente hacemos es «construir realidades y sentidos» continuamente, guiados o regidos más por una lógica del «caos», de la dialéctica del orden y el desorden que por unas reglas transparentes. Pues bien, no es posible supervivir en este contexto si no hacemos lo posible por apropiarnos - de ninguna manera en forma inmutable- de unos criterios de acción que en los ejercicios de construcción cotidianos y en relación permanente con los demás, nos habiliten para hacer más llevadera la existencia.

Esa sabiduría práctica exige así un esfuerzo de clarificación personal de lo que vamos a nombrar, en este pequeño artículo, como «axiomas axiológicos básicos». Lo cual, pues, nos obliga a que hagamos algunas consideraciones sobre los valores.

## HACIA UNA COM- PRENSIÓN DE LOS VA- LORES

Probablemente estemos llegando a un punto de saturación en el tema de los valores; por muchos canales distintos oímos hablar de ellos, lo que ya se está convirtiendo en un lugar común desgraciadamente: me refiero concretamente a la tan mencionada «crisis de valores». Hoy escuchamos a especialistas y en un número mayor a no especialistas pontificar sobre el asunto.

Quizás, y sin pretender ser uno de ellos, la ineficacia de algunos de estos discursos se encuentre en que al hablar acerca de los valores no se descubre que, a su vez, estamos referenciando otros elementos en el orden de lo práctico: actitudes, comportamientos, normatividades y sobre todo de acciones impostergables e imprescindibles. Es preciso entender que los valores «llevan en sí mismos indicaciones para la acción» y en este sentido implícitamente involucran directrices de orientación. Pensando de esta forma, encontraríamos quizá, la razón de ser de la ecuación,

muchas veces no comprendida, entre valor-norma, si por norma entendemos «una indicación descriptiva que orienta la acción y permite elegir, entre diversas líneas posibles de acción, la más conforme con la dirección adoptada».

Así pues la norma presupone el valor: lo que justifica que deba perseguirse un tal estado de cosas o que deba apelarse a tal criterio, es que ese estado de cosas está revestido de valor o ese criterio parece condición necesaria para la realización de objetos, situaciones y conductas vinculadas al valor.

Ahora bien al proponer este tema de los valores como mediadores de la vida social, áspiro a que el lector se vea también involucrado como actor fundamental y como generador de múltiples maneras de interacción: vida cotidiana, relaciones familiares, actividad académica, trabajo, convivencia social, etc.

Aunque ya lo hemos atisbado, unas preguntas nos salen al paso: ¿Por qué son importantes los valores? ¿Por qué nos es imposible pensar algunas realidades sin ellos? ¿A qué se debe que su esfera rodee muchos campos de nuestra vida? ¿Por qué ese esfuerzo inútil de algunos por vivir sin ellos o contra ellos y por qué no podemos autoconcebir nuestro ser y

nuestro estar sin su presencia permanente? ¿Por qué sirven como elementos reguladores de las culturas?

Si nos detenemos a pensar atentamente descubriremos que es precisamente a partir de los valores como se construyen y justifican:

- a) Las normas, cuya función social es la de especificar los «roles institucionales».
- b) Se jerarquizan los coeficientes de importancia.
- c) Se inspiran los sistemas expresivos y las formas simbólicas y
- d) Se establecen los órdenes de preferencias de los diferentes grupos sociales. Así pues, la existencia del valor corresponde necesariamente a la sociabilidad, nace con ella y perece con ella, de allí que sostengamos que «el valor es una categoría social primaria».

Pero antes de seguir es preciso, si no dar una definición de los valores, por lo menos traer en este artículo una determinación conceptual de los mismos, la que espero nos abra su cabal comprensión. Vamos a apropiarnos para esto del concepto que expone Jean Ladrrière en su obra «El reto de la racionalidad»; nos dice que los valores son:

1. LADRIÈRE, Jean. *El Reto de la Racionalidad*. París: Unesco, 1978 p. 112



*Las cualidades que pueden asociarse a un objeto, a una situación, a una acción y que hacen que la realidad a la que afectan aparezca revestida de un precio más o menos importante, digna de ser buscada o perseguida imponiéndose con preferencia a las otras, reclamando de todos modos un comportamiento de estima, de aprecio positivo, incluso de veneración, de abnegación y quizás de sacrificio, que justifica en el ámbito de la acción una inversión más o menos considerable de las energías psíquicas disponibles.*<sup>1</sup>

Descubrimos en esta determinación una de las formas estructurales que acompañan al ser humano: Su dimensión estimativa, la cual se expresa en una forma de conciencia y por ende de experiencia que reconocemos como «estimativa o valorativa». Si partimos de las experiencias humanas cotidianas y de las conductas individuales y sociales, esto es, de un vasto horizonte empírico (vivencias, comportamientos, prácticas), podemos distinguir dicha realidad en la variada y multitud de formas que el lenguaje ha creado para revelárnosla: expresiones y términos lingüísticos como apreciar, preferir, elegir, recomendar, exhortar, aprobar, censurar, reprobar, prevenir, despreciar, encomiar, etc. En todos ellos está siempre presente ese conocimiento estimativo.

Si ahondamos más en la estructura de esta conciencia descubrimos que comporta entre varias características una fundamental como es la de ser regida por un principio, el cual vamos a identificar como «principio de selectividad». Este impone el carácter de que en asuntos de estima, siempre estamos comprometidos, siempre tomamos partido, aún incluso en los momentos en los cuales esta conciencia se mantenga en el nivel de los actos sin correlato exterior. Al poner en obra dicho principio estamos realizando aquello de que «nada nos da por igual», de que «no somos del todo indiferentes», de que siempre «estamos a favor o en contra», cumpliendo aquello de que la no elección es ya una elección. En otras palabras estamos descubriendo las ideas de «polaridad», de «funciones de gradación» y de «jerarquización» de los valores, esos rangos de apreciación o preferencias que caracterizan nuestro «ethos» propio.

Otro elemento estructural percibido en el concepto del valor del que hemos partido es la «voluntad de valor», núcleo originario, esclarecido maravillosamente por Savater en los siguientes tres aspectos reveladores:

1. «Nuestras acciones no son necesarias consecuencias de condiciones irremediables internas o externas, sino decisiones eficaces de una intimidad que se autodetermina por los modos de preferencias conscientes y autoconscientes.

2. No todas las acciones posibles se equivalen, que no es indiferente optar por una u otra.

3. La conducta preferible puede ser en buena medida descrita y justificada racionalmente, esto es, que la opción que la elige tiene un fundamento interpersonal».<sup>2</sup>

Pensamos que correlativa a esta «voluntad», se tienen que dar unas condiciones necesarias y suficientes para el comportamiento axiológico, las cuales podemos definir en términos de «capacidades»:

1. La capacidad de anticipar las consecuencias de las acciones propias, estrechamente relacionada con la de establecer el vínculo entre los medios y los fines. Requiere, pues, una gran «previsión» del futuro, consistente en la capacidad de formarnos imágenes mentales de la realidad no presentes ni existentes.

2. La capacidad de hacer juicios de valor, esto es ver en ciertos objetos o actos algo más preferible que en otros.

3. La capacidad de escoger entre líneas de acción, alternativas.

## LAS CATEGORÍAS DE ORIENTACIÓN<sup>3</sup>

Todo ser humano posee, bien sea por apropiación cultural, experiencial o aprendizaje, una serie de categorías que le permiten ubicarse en el mundo: Todo comprendemos lo que es «lo alto» y «lo bajo», «lo cercano» y «lo lejano», «el arriba» y «el abajo», «lo derecho» y «lo izquierdo», «adelante y atrás», etc. A estas categorías les damos el nombre de «ontológicas» y son provistas por el entendimiento. Pues bien, existe también otro tipo de categorías que nos son producidas tanto por el conocimiento estimativo como por la voluntad de valor y que llamaremos «categorías de orientación axiológicas». Estas van a ser imprescindibles en la vida social pues la permean constantemente.

Adquirimos estas categorías por vía socializadora y personalizadora y cumplen la función de dirigir nuestra orientación entre las preferencias optativas e imperativas

socialmente reguladas y generalizadas. Con estas categorías históricamente hemos nombrado «los valores» y a ellas se puede aplicar aquello que Bertrand Russell decía «que no creemos comprenderlas por no poder definir las», porque efectivamente son indefinibles aunque no indescriptibles.

Nos estamos refiriendo en concreto a «lo bueno y lo malo» que son las categorías primarias por excelencia iluminadoras de diversas esferas de nuestra realidad. Permanentemente estamos haciendo uso de ellas en nuestra vida cotidiana, hablamos por ejemplo que fulano de tal se da una «buena vida», que la cuchilla con que nos afeitamos nos resultó «mala», que el espectáculo de ayer «fue muy bueno», y podríamos multiplicar infinitamente los ejemplos. Dicho par es aplicable a todas las demás categorías valorativas: al bien y al mal, que son los valores básicos referidos a nuestras acciones y conductas connotadas éti-



2. SAVATER, Fernando. *Introducción a la Ética*. Barcelona: Anagrama 1982, pp. 64-65. (La numeración introducida en la cita, no se encuentra en el texto original, se ha sugerido para una mayor claridad)

3. El concepto «Categoría de orientación axiológica» lo he tomado de: Heller, Agnes. *Hipótesis para una teoría marxista de los valores*. Barcelona: Grijalbo, 1974

camente; a lo hermoso y lo feo, a lo sagrado y lo profano, a lo útil y lo nocivo, a lo agradable y desagradable, a lo correcto e incorrecto, al éxito y el fracaso y a lo verdadero y lo falso.



Estas categorías y posiblemente muchas otras que el lector ya tiene en mente, son las mediadoras en todas las relaciones que tenemos con los otros seres humanos y con las cosas, poseen una validez general aunque los contenidos concretos a los que se refieren cambian mucho históricamente según sean precisamente las sociedades y los individuos. Hoy por ejemplo, tenemos una sensibilidad diferente hacia lo bello y la hermosura que hace tres siglos; es por eso que la movilidad de los valores y las valoraciones -esto es su historicidad- no significa alteración de las categorías orientadas sino un cambio en los objetos y sus cualidades, en las situaciones, conductas, relaciones, acontecimientos, modos de conocimiento, prácticas e intereses a los que son referidas aquellas.

Así pues, estamos provistos o contamos a nuestro haber con una serie de elementos axiológicos básicos que nos habilitan y permiten determinar qué es lo que queremos y hemos de elegir y qué hemos de evitar, poniendo constantemente a prueba nuestras elecciones de valor y nues-

tras preferencias conscientes e inconscientes. En todo lo que hacemos y cómo lo hacemos, en lo que pensamos y por qué lo pensamos, en las empresas y tareas que llevamos a cabo y apoyamos, en los procesos que acometemos, en los vínculos que atamos, en todo ello está presente dicha esfera. Ahora bien, debemos comprender que esas preferencias son momentos de la sociabilidad, se producen al mismo tiempo que ella y tendrán que darse mientras aquella exista poseyendo una regulación social, lo cual, en otros términos significa, que las preferencias se objetivan en las costumbres o en las normas sociales: **nuestros hábitos alimenticios y de aseo, nuestros códigos de conducta, nuestra formas de enfrentar las dificultades y resolver los conflictos, etc., son una muestra de lo que afirmamos.**

Todos hemos nacido en una determinada época con coordenadas espaciales y territoriales específicas y, sobre todo, bajo sistemas y parámetros axiológicos definidos y concretos, de tal forma que nunca llegaremos a ser hombres y mujeres sociales, adultos axiológicamente pensados, si no asimilamos, identificamos y ponemos en práctica dichas preferencias o valores; sobre todo hoy cuando estos necesariamente tienen que

pasar por la vía de la acción para que sean eficaces. Una pregunta nos asalta: ¿qué factores hacen aquello posible, qué media en ese proceso asimilador y descubridor? Quizás entre muchos; podemos hacer mención de tres esenciales:

- a. Los objetos, por la estructura consuetudinariamente normativa que los afecta.
- b. Las costumbres, por estar tan estrechamente vinculadas a la misma convivencia social y a las que ordinariamente asociamos los sistemas axiológicos de un pueblo y
- c. El lenguaje que media relaciones evaluativas de cualquier tipo sean relativas a objetos, costumbres, hábitos, etc.

Espero que con este corto artículo haya suscitado en el lector algún interés por esta absolutamente necesaria dimensión humana, el haber podido mostrar su imprescindible vínculo en todos los procesos de interacción y en el trato con el mundo objetivo y poder así contribuir en algo a clarificar esa forma de consciencia que en la responsabilidad de sus actos presentes y futuros compromete la toma de sus decisiones.